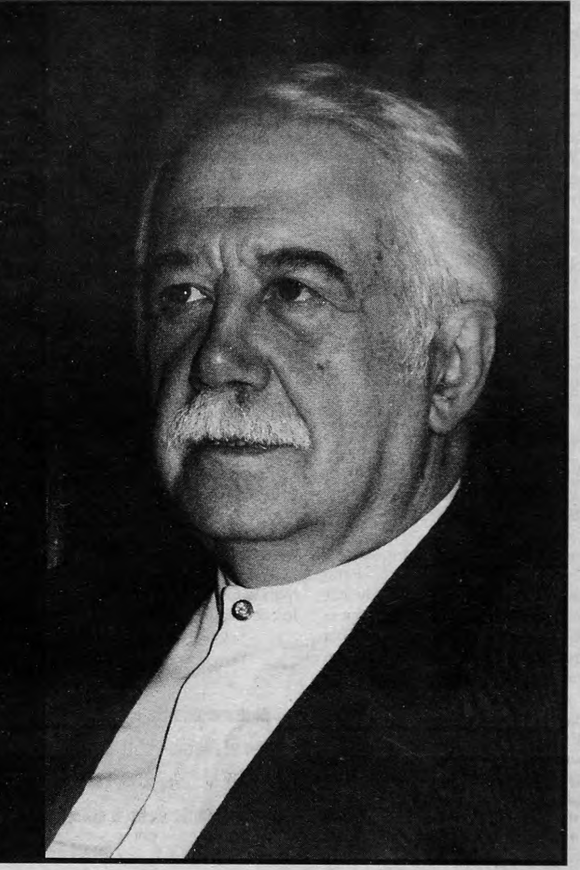
Manuel Belgrano en pie de guerra

El 9 de diciembre de 1824 se libró la batalla de Ayacucho ("el terrible y grandioso acorde final, [...] ese nombre que suena como un exorcismo"), entre el ejército realista del virrey La Serna, comandado por catorce generales, y el ejército patriota, comandado por Sucre. Los realistas, en número de 9000, dominaban las alturas, mientras que los revolucionarios tenían el valle en su poder. La lucha comenzó cuando las fuerzas españolas decidieron bajar al llano; su vanguardia fue deshecha y el virrey herido y tomado prisionero. Esto apresuró la derrota realista, pese a los esfuerzos del español Valdés por doblegar a las tropas peruanas de La Mar. Rechazados por la división de Miller, los españoles se replegaron, dejando 1400 muertos y 3000 prisioneros.

Ayacucho fue la última batalla importante que se libró por la independencia de Hispanoamérica, y marcó el fin de la resistencia española en el continente. Manuel Belgrano participó como vocal de la Primera Junta de gobierno criolla, creada el 25 de mayo de 1810. Improvisado general, partió al frente de 950 hombres para extender la revolución al Paraguay, pero sufrió dos derrotas. Belgrano llevó al triunfo al Ejército del Norte en Piedras, Tucumán y Salta (20 de febrero de 1814). Luego renunció y fue reemplazado por San Martín.





MARCO DENEVI

Presentación de Guillermo Piro.

MANU

Manuel IV, uno de los dos gemelos de la cicatriz

Este cuarto Manuel quizás haya sido un doble del anterior en la bilocación de algún sueño. Tenía la costumbre de ir a contemplar los barcos fondeados en el Riachuelo de los Navíos o Riachuelo de las Barracas, a cuyas orillas solía haber trifulcas entre marineros. El frecuentaba el lugar sin voluntad pendenciera, más bien en procura de algún negocio de contrabando aunque a menudo las divergencias de idioma dificultaban la operación.

Un día vio, en la popa del Mother of God H.M.S, carguero inglés en calafateo, a un marinero gigante, joven, pelirrojo y hercúleo, pero flaco si esto se entiende. Su nombre era Thomas Glennammaddy, cacofonía que abreviaremos en Tom Glenn para facilitar la memoria. Su nacionalidad, inglesa de Irlanda. Su religión, papista. Y su índole, bonachona salvo cuando se embriagaba. De una de esas trancas y de la consecuente reyerta le venía la cicatriz que Manuel admiró con pasmo catatónico.

Nacía la mencionada cicatriz en la sien derecha, atravesaba la mejilla bordeando la comisura de los párpados y después de partir los labios en mitades desiguales se precipitaba dentro del hoyuelo del mentón. Cárdena y como luminosa, atronaba la vista con su fragor horrísono. Hombre que en la cara luce ese adorno no necesita decir quién es para que los demás hombres lo sepan, ni hablar para que le den la razón, porque si ha sobrevivido a ese surco a qué otros riesgos no se sobrepondrá. De pie con todos sus dos metros de estatura, los tatuados brazos en jarra y las piernas abiertas, Tom Glenn hacía arder la cicatriz como un incendio en pleno día, la hacía gritar como un bramido de furia, y a su alrededor el mundo callaba y se sometía.

Manuel no podía apartar la vista de la cicatriz. Llegó la noche, el marinero apagó la candente raya y desapareció dentro del barco, y Manuel se fue a la Fonda del Catalán, donde lo aguardaban naipes ingratos y pullas socarronas, porque parece que la suerte y los hombres lo trataban sin miramientos a causa de su físico esmirriado y de la paciencia con que se aguantaba las maulerías de los fulleros. En su retina seguía encendido el dibujo de aquel tajo consagratorio, por lo que, medio obstaculizada la visión para los naipes, perdió todas las partidas.

Al día siguiente volvió al Riachuelo, pero el Mother of God había zarpado rumbo al Liverpool. Durante días y noches Manuel anduvo enceguecido por el filamento ígneo que seguía hiriéndole los ojos. Hasta que ya no soportó más y se lo fue a ver a Mariano Banguele, brujo de Mozambique que vivía en el barrio de la Concepción. Siguiendo las instrucciones que le daba Manuel respecto del itinerario de la cicatriz, el negro le trazó con barro fresco la estría desde la sien hasta el mentón, después le pasó por esa línea la punta de un pedernal al rojo vivo, y después se la roció con un agua que olía a orín de gato mientras canturreaba vaya uno a saber qué conjuros mágicos en su gorongosongo. Manuel durmió esa noche en la pocilga del brujo y le vino como una fiebre. A la mañana el barro estaba hecho terracota. El negro se lo quitó con certeros puñetazos y debajo apareció, cosa increíble, la misma cicatriz que en esos momentos estaría cruzando el mar a bordo de la cara de Tom Glenn.

Cuando Manuel salió a la calle los vecinos apuraron el paso y la mulatada corría. Al entrar en el Café del Plata a todos se les cayeron los naipes. Nadie lo interrogó porque la cicatriz contestaba de antemano, pero individuos de avería, de golpe muy atentos, lo convidaron con aguardiente y alabaron la mano, zurda pero nada lerda, que le había obsequiado aquel rasguño, aunque no quisieron averiguar el nombre del artista ni él quiso, por respeto a un difunto, divulgarlo. Prefirió aludir vagamente a un marinero inglés a quien esa obra maestra le había costado la vida, y para confirmarlo mostró el arma homicida que un rato antes había comprado en el almacén de ultramarinos de Pedro Valluerca. Desde entonces los parroquianos le cedieron en el juego la silla del ganador, los propietarios de fondas y cafés le fiaban a discreción y no hubo mulata que mañerease cuando él le proponía un regocijo.

Al día siguiente volvió al Riachuelo, pero el Mother of God había zarpado rumbo al Liverpool. Durante días y noches Manuel anduvo enceguecido por el filamento ígneo que seguía hiriéndole los ojos. Hasta que ya no soportó más y se lo fue a ver a Mariano Banguele, brujo de Mozambique que vivía en el barrio de la Concepción.

Transcurrió un año que fue bisiesto y, para Manuel, de extrema felicidad gracias a la cicatriz. Una noche se le cortó la jarana. En una esquina de mala iluminación el marinero del Mother of God reapareció para cerrarle el paso. Se detuvieron. Se miraron. A la luz del farol de aceite las dos cicatrices idénticas refulgían. El irlandés, extranjero y todo, debió de entender que las dos cicatrices no podían ser reales, que una de las dos era falsa, copia de la verdadera, y sus razones habrá tenido para decidir que la verdadera era la suya. O acaso fue Manuel quien se convenció de que el tatuaje, que había engañado a tantos, no podía engañar al marinero, y encogiéndose como lombriz pisoteada se desprendió del puñal y lo arrojó lejos.

Tom Glenn era un joven piadoso. Con una daga puntiaguda le convirtió la mentira en verdad. Manuel no experimentó la efusión de la sangre sino la del agradecimiento. Abrazó al irlandés a la altura del estómago y desde entonces fueron amigos, palabra que significa que siempre andaban juntos. Los llamaron "los gemelos de la cicatriz". Para merecer el apodo, Manuel contó la historia de una riña por una mulata que valía menos que el sentimiento nacido entre los dos. En esa gresca se habían prodigado al mismo tiempo el mismo tajo como para probarse que eran nomás gemelos. Sólo corrigió un pormenor: la marca del parentesco no le había costado al irlandés la vida, como él había creído, sino un año de cárcel en Liverpool, "porque los ingleses —informó— no son partidarios del duelo a cuchillo". Tom Glenn, que apenas chapurreaba el idioma español, entendió la mitad de esa patraña pero no la contradijo porque para eso está la amistad.

Había desertado del Mother of God. Detestaba a los ingleses, de los que contó atroces perfidias. Aunque cauteloso para pensar y con estorbos de gramática, tenía un valor tranquilo que Manuel supo apreciarle. A fuerza de navegar por las aguas del mundo, estaba enterado de muchas cosas que guardaba para sí y que ahora empezó a compartir con su gemelo. En la amistad él ponía la reflexión y Manuel la viveza; uno, los conocimientos, y, el otro, la manera de aprovecharlos; el irlandés, la fuerza y el criollo, la astucia. Entre los dos amasaron un pacto cómplice que les bastó para no sentirse solos en una ciudad donde la gente se saluda y nadie tiene sentimientos fuera de la familia. Ninguno de los dos los tenía y vinieron a descubrirlos en la amistad.

Protagonizaron aventuras modestas en calles, fondas y cafés. Si una sola cicatriz bastaba para poner amable a cualquiera, dos cicatrices lo ponían rendido a los pies. Comieron y bebieron en forma gratisdata, fornicaron a discreción (el antiguo marinero se había ido en vicio, tenía un méntula de chiquilín) y a menudo desarmaron disputas con la simple advertencia de que donde estaban ellos no había oportunidad para otras algarabías, y todos los presentes se mostraron de acuerdo. Al amparo de los dos metros de estatura de Tom Glenn, Manuel practicó un coraje verbal hasta cuando su gemelo, beodo, se desacataba y él debía explicar que no intervenía para impedir una masacre. No era necesario: la gente, ensordecida por las dos cicatrices, no oía las vociferaciones provocosas de Tom Glenn y éste, al fin, terminaba con todo su descuello derrumbado sobre una mesa de vómitos.

Fueron tiempos placenteros para Manuel. Hasta que un aciago día le cae la leva de los Ejércitos de la Revolución. Tom Glenn dijo que no quería separarse del único hombre que le había alcanzado la cara y se ofreció como soldado voluntario. A órdenes del angélico general Manuel Belgrano abandonaron la ciudad y ya no se sabe cuál fue su destino. Pero una versión muy conversada por la familia Argento les intuyó prodigios de valor en cien

MANUEL IV

Manuel IV, uno de los dos gemelos de la cicatriz

Por Marco Denevi

Este cuarto Manuel quizás haya sido un doble del anterior en la bilocación de algún sueño. Tenía la costumbre de ir a contemplar los barcos fondeados en el Riachuelo de los Navíos o Riachuelo de las Barracas, a cuyas orillas solía haber trifulcas entre marineros. El frecuentaba el lugar sin voluntad pendenciera, más bien en procura de algún negocio de contrabando aunque a menudo las divergencias de idioma dificultaban la operación.

Un día vio, en la popa del Mother of God H.M.S, carguero inglés en calafateo, a un marinero gigante, joven, pelirrojo y hercúleo, pero flaco si esto se entiende. Su nombre era Thomas Glennammaddy, cacofonía que abreviaremos en Tom Glenn para facilitar la memoria. Su nacionalidad, inglesa de Irlanda. Su religión, papista. Y su índole, bonachona salvo cuando se embriagaba. De una de esas trancas y de la consecuente reyerta le venía la cicatriz que Manuel admiró con pasmo catatónico.

Nacía la mencionada cicatriz en la sien derecha, atravesaba la mejilla bordeando la comisura de los párpados y después de partir los labios en mitades desiguales se precipitaba dentro del hoyuelo del mentón. Cárdena y como luminosa, atronaba la vista con su fragor horrísono. Hombre que en la cara luce ese adorno no necesita decir quién es para que los demás hombres lo sepan, ni hablar para que le den la razón, porque si ha sobrevivido a ese surco a qué otros riesgos no se sobrepondrá. De pie con todos sus dos metros de estatura, los tatuados brazos en jarra y las piernas abiertas, Tom Glenn hacía arder la cicatriz como un incendio en pleno día, la hacía gritar como un bramido de furia, y a su alrededor el mundo callaba y se sometía.

Manuel no podía apartar la vista de la cicatriz. Llegó la noche, el marinero apagó la candente raya y desapareció dentro del barco, y Manuel se fue a la Fonda del Catalán, donde lo aguardaban naipes ingratos y pullas socarronas, porque parece que la suerte y los hombres lo trataban sin miramientos a causa de su físico esmirriado y de la paciencia con que se aguantaba las maulerías de los fulleros. En su retina seguía encendido el dibujo de aquel tajo consagratorio, por lo que, medio obstaculizada la visión para los naipes, perdió todas las partidas.

Al día siguiente volvió al Riachuelo, pero el Mother of God había zarpado rumbo al Liverpool. Durante días y noches Manuel anduvo enceguecido por el filamento ígneo que seguía hiriéndole los ojos. Hasta que ya no soportó más y se lo fue a ver a Mariano Banguele, brujo de Mozambique que vivía en el barrio de la Concepción. Siguiendo las instrucciones que le daba Manuel respecto del itinerario de la cicatriz, el negro le trazó con barro fresco la estría desde la sien hasta el mentón, después le pasó por esa línea la punta de un pedernal al rojo vivo, y después se la roció con un agua que olía a orín de gato mientras canturreaba vaya uno a saber qué conjuros mágicos en su gorongosongo. Manuel durmió esa noche en la pocilga del brujo y le vino como una fiebre. A la mañana el barro estaba hecho terracota. El negro se lo quitó con certeros puñetazos y debajo apareció, cosa increíble, la misma cicatriz que en esos momentos estaría cruzando el mar a bordo de la cara de Tom Glenn.

Cuando Manuel salió a la calle los vecinos apuraron el paso y la mulatada corría. Al entrar en el Café del Plata a todos se les cayeron los naipes. Nadie lo interrogó porque la cicatriz contestaba de antemano, pero individuos de avería, de golpe muy atentos, lo convidaron con aguardiente y alabaron la mano, zurda pero nada lerda, que le había obsequiado aquel rasguño, aunque no quisieron averiguar el nombre del artista ni él quiso, por respeto a un difunto, divulgarlo. Prefirió aludir vagamente a un marinero inglés a quien esa obra maestra le había costado la vida, y para confirmarlo mostró el arma homicida que un rato antes había comprado en el almacén de ultramarinos de Pedro Valluerca. Desde entonces los parroquianos le cedieron en el juego la silla del ganador, los propietarios de fondas y cafés le fiaban a discreción y no hubo mulata que mañerease cuando él le proponía un regocijo.

Al día siguiente volvió al Riachuelo, pero el Mother of God había zarpado rumbo al Liverpool. Durante días y noches Manuel anduvo enceguecido por el filamento ígneo que seguía hiriéndole los ojos. Hasta que ya no soportó más y se lo fue a ver a Mariano Banguele, brujo de Mozambique que vivía en el barrio de la Concepción.

Transcurrió un año que fue bisiesto y, para Manuel, de extrema felicidad gracias a la cicatriz. Una noche se le cortó la jarana. En una esquina de mala iluminación el marinero del Mother of God reapareció para cerrarle el paso. Se detuvieron. Se miraron. A la luz del farol de aceite las dos cicatrices idénticas refulgían. El irlandés, extranjero y todo, debió de entender que las dos cicatrices no podían ser reales, que una de las dos era falsa, copia de la verdadera, y sus razones habrá tenido para decidir que la verdadera era la suya. O acaso fue Manuel quien se convenció de que el tatuaje, que había engañado a tantos, no podía engañar al marinero, y encogiéndose como lombriz pisoteada se desprendió del puñal y lo arrojó lejos.

Tom Glenn era un joven piadoso. Con una daga puntiaguda le convirtió la mentira en verdad. Manuel no experimentó la efusión de la sangre sino la del agradecimiento. Abrazó al irlandés a la altura del estómago y desde entonces fueron amigos, palabra que significa que siempre andaban juntos. Los llamaron "los gemelos de la cicatriz". Para merecer el apodo, Manuel contó la historia de una riña por una mulata que valía menos que el sentimiento nacido entre los dos. En esa gresca se habían prodigado al mismo tiempo el mismo tajo como para probarse que eran nomás gemelos. Sólo corrigió un pormenor: la marca del parentesco no le había costado al irlandés la vida, como él había creído, sino un año de cárcel en Liverpool, "porque los ingleses —informó— no son partidarios del duelo a cuchillo". Tom Glenn, que apenas chapurreaba el idioma español, entendió la mitad de esa patraña pero no la contradijo porque para eso está la amistad.

Había desertado del Mother of God. Detestaba a los ingleses, de los que contó atroces perfidias. Aunque cauteloso para pensar y con estorbos de gramática, tenía un valor tranquilo que Manuel supo apreciarle. A fuerza de navegar por las aguas del mundo, estaba enterado de muchas cosas que guardaba para sí y que ahora empezó a compartir con su gemelo. En la amistad él ponía la reflexión y Manuel la viveza; uno, los conocimientos, y, el otro, la manera de aprovecharlos; el irlandés, la fuerza y el criollo, la astucia. Entre los dos amasaron un pacto cómplice que les bastó para no sentirse solos en una ciudad donde la gente se saluda y nadie tiene sentimientos fuera de la familia. Ninguno de los dos los tenía y vinieron a descubrirlos en la amistad.

Protagonizaron aventuras modestas en calles, fondas y cafés. Si una sola cicatriz bastaba para poner amable a cualquiera, dos cicatrices lo ponían rendido a los pies. Comieron y bebieron en forma gratisdata, fornicaron a discreción (el antiguo marinero se había ido en vicio, tenía un méntula de chiquilín) y a menudo desarmaron disputas con la simple advertencia de que donde estaban ellos no había oportunidad para otras algarabías, y todos los presentes se mostraron de acuerdo. Al amparo de los dos metros de estatura de Tom Glenn, Manuel practicó un coraje verbal hasta cuando su gemelo, beodo, se desacataba y él debía explicar que no intervenía para impedir una masacre. No era necesario: la gente, ensordecida por las dos cicatrices, no oía las vociferaciones provocosas de Tom Glenn y éste, al fin, terminaba con todo su descuello derrumbado sobre una mesa de vómitos.

Fueron tiempos placenteros para Manuel. Hasta que un aciago día le cae la leva de los Ejércitos de la Revolución. Tom Glenn dijo que no quería separarse del único hombre que le había alcanzado la cara y se ofreció como soldado voluntario. A órdenes del angélico general Manuel Belgrano abandonaron la ciudad y ya no se sabe cuál fue su destino. Pero una versión muy conversada por la familia Argento les intuyó prodigios de valor en cien combates contra los godos. Más de una vez se salvaron mutuamente la vida y murieron abrazados en una batalla victoriosa. Los Argento se emocionaban evocando esa gesta heroica. Un vértigo de nombres legendarios, una música que enhebraba melodías marciales: Suipacha, Sipe Sipe, Los Pozos, Chacabuco, Maipú, Cancha Rayada, Carabobo, hasta llegar al terrible y grandioso acorde final, Ayacucho; ese nombre que suena como un exorcismo, arrebataba a los gemelos de la cicatriz en una epopeya de pólvora, de sangre, de fuego, de dolor y de gloria. El colosal vórtice, rodando por llanuras y montañas, a través de remotas tierras desconocidas, enrojeciendo cielos e iluminando noches, vadeando ríos y escalando cumbres, les proporcionó a los Argento la imagen de una Patria por fin visible, y no la mera palabra que había sido hasta entonces. La Patria, así consolidada en el corazón de cada uno, estaba hecha de sentimientos nobles, de puras emociones, de propósitos nunca sometidos a las mezquindades y a los egoísmos que nos acosan en la paz de la vida cotidiana. Fugados a esa Patria ideal, los Gemelos de la Cicatriz, ya en mayúsculas emblemáticas, se metamorfosearon en figuras de tamaño sobrehumano. El retrato al óleo de Manuel IV lo vestía con el uniforme de capitán de granaderos entre un tumulto de banderas y de metralla.

Disueltos los Ejércitos de la Revolución triunfante, apareció en la ciudad un mendigo que tenía el rostro cruzado por una tremenda cicatriz. Era un sujeto de edad incalculable, cuerpo consumido, poca estatura y facciones escamoteadas por barbas, bigotes y guedejas. Entre esa pelambre la cicatriz abría un surco nacarado como rastro de babosa. Andaba vestido con los restos de un uniforme militar destruido por el fuego y los sablazos. Se lo solía ver en el atrio de alguna iglesia donde, con la excusa de que le faltaba el brazo derecho, pedía limosna extendiendo el muñón del izquierdo. No decía una palabra, pero su único ojo perseguía a los fieles que entraban o que salían del templo y que, amedrentados por ese terrible inválido de la guerra, apuraban el paso y aferraban la cartera de los dineros. Sólo Juana de la Santa Cabeza, mujer de Manuel el muerto vivo, supo darle alguna moneda furtiva que él le agradeció con un mudo movimiento de los labios partidos en cuatro.

Tom Glenn era un joven piadoso. Con una daga puntiaguda le convirtió la mentira en verdad. Manuel no experimentó la efusión de la sangre sino la del agradecimiento. Abrazó al irlandés a la altura del estómago y desde entonces fueron amigos, palabra que significa que siempre andaban juntos. Los llamaron "los gemelos de la cicatriz".

El día en que murió el angélico general Manuel Belgrano, un minúsculo cortejo acompañó los despojos mortales hasta el cementerio. Detrás, trotando como un can, iba el mendigo de la cicatriz. Cuando los parvos deudos se dispersaron, el mendigo se aproximó a la tumba recién sellada y estuvo ahí un largo rato, quieto y como dormido. Según los sepultureros que lo vigilaban, se arrodilló, besó la losa del sepulcro y después se alejó con el andar oblicuo del borracho. Gente de Balvanera contaría que esa misma noche el mendigo había entrado en un fondín de mala muerte, había pedido siete vasos de caña que pagó con la moneda de la caridad y que, ya ebrio, había gritado:

—¡Viva la Patria y la puta madre que me parió!

Enseguida lo derribaron los sollozos. Después nada más se sabe de él.

Años más tarde, entre las montoneras alzadas contra el Director Supremo que entraron en la ciudad para infundirle terror, había un gaucho de dos metros de estatura, ojos zarcos, pelo y barba rojizos y una pavorosa cicatriz desde la sien hasta el mentón. Usaba chiripá como los demás, sombrero aludo con barbiquejo y botas de cuero de potro. Dicen que miraba la ciudad como recordando un olvido. Después se volvió, junto con los otros terroristas, a la barbarie de las llanuras. ■



"Manuel IV, uno de los dos gemelos de la cicatriz", de *Una familia argentina*, de Marco Denevi (Sudamericana, 1998).

JEL IV

Por Marco Denevi

combates contra los godos. Más de una vez se salvaron mutuamente la vida y murieron abrazados en una batalla victoriosa. Los Argento se emocionaban evocando esa gesta heroica. Un vértigo de nombres legendarios, una música que enhebraba melodías marciales: Suipacha, Sipe Sipe, Los Pozos, Chacabuco, Maipú, Cancha Rayada, Carabobo, hasta llegar al terrible y grandioso acorde final, Ayacucho; ese nombre que suena como un exorcismo, arrebataba a los gemelos de la cicatriz en una epopeya de pólvora, de sangre, de fuego, de dolor y de gloria. El colosal vórtice, rodando por llanuras y montañas, a través de remotas tierras desconocidas, enrojeciendo cielos e iluminando noches, vadeando ríos y escalando cumbres, les proporcionó a los Argento la imagen de una Patria por fin visible, y no la mera palabra que había sido hasta entonces. La Patria, así consolidada en el corazón de cada uno, estaba hecha de sentimientos nobles, de puras emociones, de propósitos nunca sometidos a las mezquindades y a los egoísmos que nos acosan en la paz de la vida cotidiana. Fugados a esa Patria ideal, los Gemelos de la Cicatriz, ya en mayúsculas emblemáticas, se metamorfosearon en figuras de tamaño sobrehumano. El retrato al óleo de Manuel IV lo vestía con el uniforme de capitán de granaderos entre un tumulto de banderas y de metralla.

Disueltos los Ejércitos de la Revolución triunfante, apareció en la ciudad un mendigo que tenía el rostro cruzado por una tremenda cicatriz. Era un sujeto de edad incalculable, cuerpo consumido, poca estatura y facciones escamoteadas por barbas, bigotes y guedejas. Entre esa pelambre la cicatriz abría un surco nacarado como rastro de babosa. Andaba vestido con los restos de un uniforme militar destruido por el fuego y los sablazos. Se lo solía ver en el atrio de alguna iglesia donde, con la excusa de que le faltaba el brazo derecho, pedía limosna extendiendo el muñón del izquierdo. No decía una palabra, pero su único ojo perseguía a los fieles que entraban o que salían del templo y que, amedrentados por ese terrible inválido de la guerra, apuraban el paso y aferraban la cartera de los dineros. Sólo Juana de la Santa Cabeza, mujer de Manuel el muerto vivo, supo darle alguna moneda furtiva que él le agradeció con un mudo movimiento de los labios partidos en cuatro.

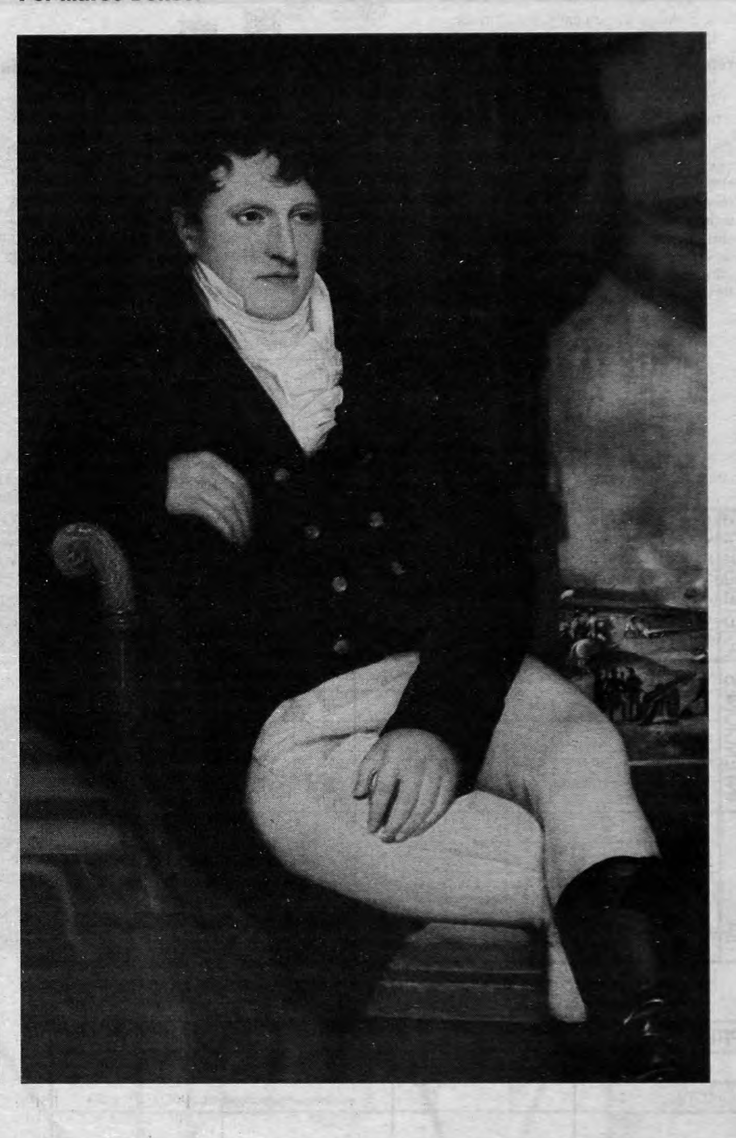
Tom Glenn era un joven piadoso. Con una daga puntiaguda le convirtió la mentira en verdad. Manuel no experimentó la efusión de la sangre sino la del agradecimiento. Abrazó al irlandés a la altura del estómago y desde entonces fueron amigos, palabra que significa que siempre andaban juntos. Los llamaron "los gemelos de la cicatriz".

El día en que murió el angélico general Manuel Belgrano, un minúsculo cortejo acompañó los despojos mortales hasta el cementerio. Detrás, trotando como un can, iba el mendigo de la cicatriz. Cuando los parvos deudos se dispersaron, el mendigo se aproximó a la tumba recién sellada y estuvo ahí un largo rato, quieto y como dormido. Según los sepultureros que lo vigilaban, se arrodilló, besó la losa del sepulcro y después se alejó con el andar oblicuo del borracho. Gente de Balvanera contaría que esa misma noche el mendigo había entrado en un fondín de mala muerte, había pedido siete vasos de caña que pagó con la moneda de la caridad y que, ya ebrio, había gritado:

—¡Viva la Patria y la puta madre que me parió!

Enseguida lo derribaron los sollozos. Después nada más se sabe de él.

Años más tarde, entre las montoneras alzadas contra el Director Supremo que entraron en la ciudad para infundirle terror, había un gaucho de dos metros de estatura, ojos zarcos, pelo y barba rojizos y una pavorosa cicatriz desde la sien hasta el mentón. Usaba chiripá como los demás, sombrero aludo con barbiquejo y botas de cuero de potro. Dicen que miraba la ciudad como recordando un olvido. Después se volvió, junto con los otros terroristas, a la barbarie de las llanuras. ■

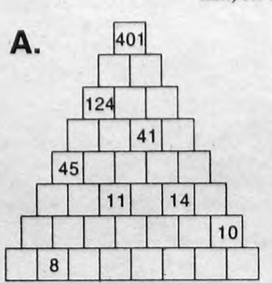


de *Una familia argentina*, de Marco Denevi (Sudamericana, 1998).

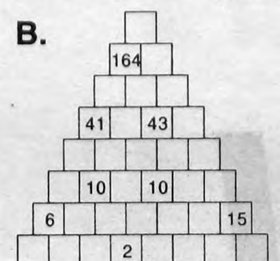
Pirámides numéricas

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

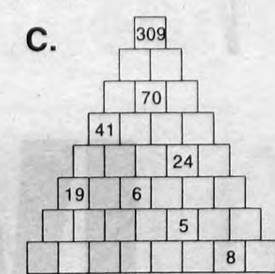
A.



B.



C.



Pretendientes sin pretesión

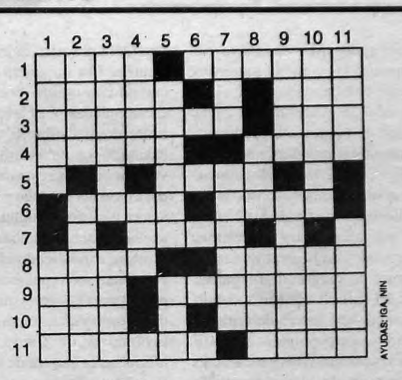
Analía no sabe qué hacer. Y no es para menos: en una sola semana tuvo cinco pretendientes que se arrojaron a sus pies. Ahora bien, los métodos que eligió cada uno son bastante diferentes. Entérese de todo y ayude a la pobre Analía a decidirse.

1. En el esquema encontrará cuatro números 1, cuatro números 2 y cuatro números 3. Tenga en cuenta que:
-Entre las cuatro casillas con un 1, una y sólo una lleva un acierto.
-Entre las cuatro casillas con un 2, sólo dos llevan un acierto.
-Entre las cuatro casillas con un 3, sólo tres llevan un acierto.
2. Agapito tiene intenciones francamente terroríficas.
3. Catalino mandó su currículum (que más bien parece un prontuario) y Doroteo, un día después mandó con intenciones dubitativas unos bombones.
4. El que mandó la esquela no lo hizo el miércoles y el que mandó flores no lo hizo el jueves.
5. Quien envió una esquela tiene intenciones aburridas; y quien mandó algo el día miércoles fue Eustaquio.

		MANDO					DIA					INTENCIONES				
		Bombones	Currículum	Esquela	Flores	Pasajes	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Aburridas	Dubitativas	Informales	Serias	Terroríficas
PRETENDIENTE	Agapito					2		2								
	Benedictino											2				
	Catalino												1	1	1	
	Doroteo															
	Eustaquio													3		
INTENCIONES	Aburridas							3		3						
	Dubitativas															
	Informales															
	Serias															
	Terroríficas				1						3					
DIA	Lunes															
	Martes															
	Miércoles					2										
	Jueves															
	Viernes															

PRETENDIENTE	MANDO	DIA	INTENCIONES

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. Libro que contiene la ley judía./ Elevamos una plegaria.
2. Refugio./ Letra del alfabeto.
3. Glóbulo rojo de la sangre./ (Joaquín) Compositor y pianista cubano.
4. Utilizaré./ Juego de tablero con dados especiales.
5. Que posee gran fortuna.
6. Prolongación móvil de la mano./ Regaño.
7. Capital de Noruega.
8. Mujer de la nobleza, en Inglaterra./ Río de México.
9. Arbol de Brasil./ Sal del ácido bromhídrico.
10. Trozo de piedra pómez./ Hilo de la caña de pescar.
11. Echar arena./ Noveno.

VERTICALES

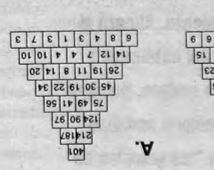
1. Jugador tramposo./ Pez marino de piel áspera, del orden de los escualidos.
2. Te atrevas./ Ahondar y limpiar de fango los ríos con la draga.
3. Haré asonancia de voces./ Entrégale.
4. Alero./ Entrego.
5. Cerro aislado que domina un llano (pl.)./ Onomatopeya del llanto infantil.
6. Radio Nacional de España./ Dios griego del tiempo.
7. Alabe./ En hebreo, así sea.
8. Minuta, lista de platos./ Obstinado, porfiado o terco.
9. Se aplica al reptil que carece de extremidades./ Roturan la tierra con el arado.
10. Hueco, concavidad./ Arrasó.

Soluciones

Ortodoxo

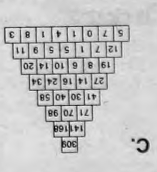
Pirámides numéricas

A.



B.

C.



Pretendientes sin pretesión

Agapito, pasajes, viernes, terroríficas.
Benedictino, esquela, jueves, aburridas.
Catalino, currículum, lunes, serias.
Doroteo, bombones, martes, dubitativas.
Eustaquio, flores, miércoles, informales.